

Viernes III de Cuaresma



8 de marzo de 2024

Os 14, 2-10

Sal 80

Mc 12, 28-34

P. Eduardo Suanzes, msp

En la Primera Lectura asistimos a la parte final del Libro de Oseas, que concluye con una nota de esperanza que se fundamenta en la certeza de que Yahvé ama a su pueblo. El anuncio de este amor, como hemos oído, consta de dos partes: a) la llamada que hace el profeta al pueblo para que regrese a su Dios; y b) la promesa de amor al pueblo que Dios anuncia al profeta. En realidad, si nos fijamos, esta es la estructura de un rito penitencial; en primer lugar, el pueblo proclama su arrepentimiento, y, después, recibe la garantía del perdón divino mediante un profeta¹.

Oseas es, sobre todo, un profeta acusador, y el pecado capital que ha denunciado durante toda su vida es la infidelidad al Señor, presentada como fornicación, prostitución o adulterio².

Estamos en la primera mitad del siglo VIII a.C. y el profeta, ejerciendo su actividad en el Reino del Norte (Israel), había anunciado su infidelidad con otros dioses, especialmente con Baal, dios de la fertilidad. Además, el pueblo se había acercado a Asiria y Egipto, como potencias todopoderosas, recabando alianzas con ellos; había confiado en sus ejércitos como única seguridad salvadora; confesaba como deidad cualquier cosa que le diera seguridad. Por fin, en el 722 a.C. el Reino será invadido por Asiria y sus habitantes deportados a Nínive, desapareciendo como tal para siempre. Es la primera catástrofe. La segunda se realizará doscientos años después con el Reino del Sur (Judá), en que serán deportados a Babilonia.

En estas últimas palabras del Libro de Oseas se descubre el mensaje de esperanza como respuesta al arrepentimiento por la infidelidad. Y en esta Cuaresma es importante recuperar nuestras infidelidades para ponerlas delante de Dios y pedir perdón. No es fácil, creo yo, reconocer nuestras infidelidades. No cabe duda que deseamos ser fieles. Pero, a veces, cuando consideramos la fidelidad, la resolución, la determinación de renunciar a todo aquello que nos separa de la completa unión con Dios, nos aterramos ante nuestra debilidad, nuestra pobreza, nuestras evasiones, nuestra misma infidelidad, nuestra vacilación. Nuestra misma debilidad nos nubla la visión. Quedamos impotentes, sabiendo muy bien que se nos pide que renunciemos a todo lo que nos separa de una unión mayor con Dios, pero sin saber cómo ni dónde comenzar. En tal estado, creo que es importante no forzar la situación. Se necesitan gran paciencia y gran humildad, una humilde oración para

¹ Cfr. D MCCARTHY – R.MURPHY. *Oseas*. En Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo. Antiguo Testamento. Ed. Estella. Santander 2005

² De hecho, su vida fue una denuncia simbólica, pues por orden de Yahvéh se casó con una prostituta para simbolizar con este gesto la fidelidad de Dios con su pueblo infiel.

pedir iluminación, valor y fuerza. Si nos enfrentamos resueltamente con nuestra cobardía y la confesamos a Dios, sin duda Él algún día se apiadará de nosotros, y nos mostrará el camino de la libertad, por medio del despego³.

En el Evangelio nos encontramos con un pasaje en que un escriba simpatiza o coincide con Jesús. Este escriba «sensato» habla con Jesús sobre el mandamiento principal y, tras su respuesta sensata a la afirmación de Jesús, este le dice: «*No estás lejos del Reino de Dios*». Este mismo pasaje, sin embargo, es variado por Mateo y Lucas, que dudan de la buena voluntad del escriba, ya que (en la versión de ellos) le pregunta a Jesús «*para tentarle*» o «*ponerle a prueba*»⁴.

Me viene la pregunta de por qué Jesús le dijo al escriba aquello de «*no estás lejos del Reino de Dios*». Si la respuesta del escriba fue tan sensata, si su adecuación con lo que pensaba Jesús era idéntica, ¿por qué no le dijo Jesús: «¡enhorabuena... ya estás en el Reino de Dios!».
¿Por qué, todavía, no estaba en el Reino el escriba? ¿qué es lo que faltaba?

En primer lugar hay que tener en cuenta que Jesús no está definiendo lo que tiene que ser un cristiano, sino lo que debía de haber sido un judío. En el Antiguo Testamento el absoluto es Dios, el totalmente separado del hombre al que debe entregar su persona en fidelidad (como hemos visto en la Primera Lectura); por otra parte, el ideal del amor al prójimo traía la muletilla del «*como a ti mismo*», cosa que no es como debía ser el amor a Dios «*con todo el corazón y con toda el alma*». Esa era la diferencia: a Dios «con toda el alma»; al prójimo «como a ti mismo». Es como una proyección de la limitación humana que se proyecta así en el amor a los demás.

Por eso el escriba estaba en el camino del Reino sin todavía llegar. Porque con Jesús el planteamiento ya es otro. Con Jesús no es «*ama al prójimo como a ti mismo*», sino «*ámense como yo les he amado*». Con Jesús no es el hombre quien tiene que darse a Dios, es ante todo Dios quien se da al hombre, comunicándole su propia vida, el Espíritu, y haciéndolo hijo suyo. En correspondencia con ese amor fiel de Dios, el ser humano debe entregarse a los demás como Dios se ha entregado a uno mismo: con fidelidad. Es decir, el hombre, a semejanza de Dios, ha de darse a los otros con un amor sin medida y sin condiciones, dispuesto a arrostrar, si fuera preciso, la muerte misma, como lo hará Jesús⁵.

³ Cfr. THOMAS MERTON. *Nuevas semilla de contemplación*. Ed. y Distribuidora Hispano Americana, S.A. Barcelona, 1963

⁴ Cfr. Mt 22,35 y Lc10,25

⁵ Cfr. JUAN MATEOS Y FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Marcos. Análisis lingüístico y comentario exegético. Vol. III*. Ed. Herder. Barcelona, 2016